Él tambien, que hasta entonces conservára
Su ingénita alegría
Por celestial inspiracion sin duda,
Comenzó á declinar, cual flor que hiere
El ábrego abrasado con su soplo,
Inclina el tallo, se marchita y muere!
Oh Dios! siempre es terrible
Ver cual dirige á otra region el vuelo
El ánima inmortal, cualquiera sea
La forma en que se lance
A la sublime altura
Abandonando la materia impura. . . .
Yo la he visto volar entre torrentes
De sangre. . . . yo la ví sobre las olas
Airadas debatirse convulsiva;
Y hasta el ardiente lecho y el martirio
En que se agita agonizando el crímen
Lleno de espanto, presa del delirio. . . .
Horrores repugnantes! . . . mas la muerte
De mi hermano en estremo lastimosa
Sin esa forma horrible y espantosa.
Era la consuncion lenta y segura
De antorcha vacilante que se apaga. . . .
Moria el pobre niño
Con sonrisa tan pura,
Con languidez tan suave y hechicera,
Que un pecho de diamante
Al contemplarlo así se conmoviera!
No derramaba lágrimas. . . . acaso
Sensible y generoso,
Sufria por los tristes que quedaran

Cuando él muriera en este mundo odioso!
El bello colorido
De sus mejillas, animado siempre,
Desafiar la muerte parecia;
Y en efecto, no fué desvanecido
Sino á la última hora, semejante
Al vaporoso velo
Con que en su último rayo
Tiñe el arco iris el azul del cielo!
Sus ojos irradiaban
Tan esplendente claridad á veces,
Que el negro calabozo iluminaban. . . .
No exhaló ni una queja,
Ni siquiera un suspiro
Por su funesto fin. . . . grato le era
Acordarse de tiempos mas dichosos;
Y habiéndose apagado su esperanza,
Risueño me decia
Que aun la guardaba entera,
Niño infeliz, por alentar la mia!
Porque abatido, triste, silencioso
Estaba yo cual si cadáver fuera,
Viendo que ya el momento era venido
De sufrir el tormento mas horrible
Y en lo íntimo del alma ser herido! . . .

. . . . . .

Cuando ya sus gemidos sofocados,
Indicio de los últimos momentos,
Mas débiles se hicieron y penosos,
Escuché con el alma congojada
Y el corazon latiente. . . . no oí nada,

Y alcé la voz llamándole . . . el delirio
Trastornaba mi mente. . . .
Sin esperanza ya por un momento
Engañarme queria
Y alejar de su muerte el pensamiento!
Le llamé una vez y otra. . . . débilmente
Sonó al fin en mi oido
Un lánguido gemido. . . .
Hice un horrible esfuerzo. . . . la cadena
Rompióse y arrojéme hácia mi hermano. . . .
Su cadáver hallé. . . . todo era en vano!
Ya no existia, solo yo quedaba
Con vida, respirando el aire impuro
Del calabozo oscuro!
En él tambien estaban mis hermanos
Uno en la tumba, bajo el suelo impío,
Y cubriéndolo el otro
Con su cadáver frio!
No conservé ni libertad ni aliento
Para cambiar de sitio. . . . entre mis manos
Otra mano estreché sin movimiento,
Dura, helada. . . . la mia
Tambien estaba inanimada y fria!
No sé qué me impidió morir entonces
Sin libertad ni amor sobre la tierra;
Mas la fe me vedaba
Acojerme á la muerte
Para evitar los golpes de la suerte!

IX

Qué aconteció despues? no supe entonces
Ni despues lo he sabido. . . . caí al suelo

Mudo, insensible á lo que en torno habia:
A la existencia, y á la luz y al aire
Y aun á la misma oscuridad sombría. . . .
No alumbraba mi mente el pensamiento,
Ni el destrozado corazon latia
Por algun sentimiento.
Era como una piedra inanimada
En medio de las piedras de la cárcel,
Sin conservar conciencia de mí mismo,
Tal como aislada roca rodeada
De nubes en el borde de un abismo. . . .
Todo en mi derredor estaba yerto,
Confuso todo, inconcebible, incierto. . . .
No era la noche ni tampoco el dia,
Ni la luz de la cárcel tan odiosa
A mi vista turbada.
Era el caos profundo, era la nada
Absorviendo el vacio.
Era una horrible calma sin reposo. . . .
Ya para mí no habia
Tierra ni cielo, tiempo ni existencia,
Ni crímen ni virtud; sino el silencio!
Un soplo vago, una quietud inerte
Que no era ni la vida ni la muerte!
Mar inmensa, estancada,
Sin claridad ni límites precisos,
Inmóvil y callada!

X

Una luz repentina
Mi espíritu alumbró. . . . cantaba una ave
Con acento suave

Interrumpiendo de improviso el canto
Y volviendo á empezar con nuevo encanto. . . .
Era un dulce sonido
El mas armonioso y agradable
Que ha resonado en el humano oido. . . .
Mi pecho nuevo aliento respiraba,
Mi corazon latia agradecido,
Y mis ojos erraban por do quiera,
Al grato sentimiento
Olvidando mis penas un momento!
Tornaron poco á poco mis sentidos
A recobrar la calma: ví de nuevo
La húmeda tierra, los macizos muros,
Los góticos pilares,
Y aquel rayo de sol que de la altura
Descendia al través de la hendedura.
Era allí donde el pájaro armonioso
Por dicha habia posado,
Cual si la áspera roca fuera el árbol
Donde su nido hubiese colocado.
Era un pájaro hermoso
De espléndido plumaje,
Y sus cantares mil cosas decian
Que al parecer á mí se dirigian. . . .
Como yo, parecia estar privado
De un tierno compañero;
Mas él estaba menos angustiado. . . .
Sin duda vino allí compadecido
Para que la afliccion no me matára,
Y para amarme cuando ya no habia
Nadie que con su amor me consolára.

Yo no sé si la jaula abandonando
Tímido y receloso todavía
De gozar y ser libre
En mi prision á reposar venia;
Pero yo desdichado
Sabia cuan horrible es estar preso
Para no desear, pájaro amado,
De tu preciosa libertad privarte
Aunque me complacia dulcemente
Oir tu grata voz y contemplarte!
¿Era tal vez un mensajero alado
Que á visitarme del Eden bajaba
En tan hermosa forma? . . . un pensamiento
Perdónemelo Dios, llorar me hizo
Y sonreir en el primer momento.
Imaginé que bien pudiera el ave
Ser el alma dichosa de mi hermano
Que descendiera á mi prision amante;
Mas no era así. . . . su vuelo
Alzó á los aires dentro de un instante;
Y si mi hermano fuera
¿Abandonarme en la prision pudiera?
Nunca mi hermano me dejára solo,
Solo como cadáver en la tumba,
Solo como la nube abandonada
En un cielo sereno, nube oscura
Que no debe mostrar su faz odiosa
Cuando la tierra sonriendo goza
Y brilla el sol en la celeste altura!

XI

Mutacion increible

Hubo en mi suerte desde aquel momento. . . .
El carcelero se mostró sensible
A mi hondo padecer. . . . la causa ignoro.
Su corazon á la piedad cerrado
Estaba acostumbrado
A escenas de dolor. . . . los eslabones
De mi cadena fueron destrozados
Y no volvieron á reunirlos, tuve
Libertad para andar en las prisiones!
Y por burlar la lentitud del tiempo
Iba vagando en todas direcciones
Junto al muro y en torno á los pilares;
Mas evitaba cuidadosamente
Pisar las tumbas de mis dos hermanos,
Pues si acaso marchando distraido
Pensaba que mi planta profanaba
Su sepultura fria,
Mi aliento se agotaba,
El corazon saltárseme queria,
Y súbito furor desesperado
Agitaba mi espíritu turbado!

XII

Hice unos escalones en el muro. . . .
No por huir de la prision. . . . la tierra
Ocultaba en su seno
A cuanto amé en la vida: el mundo lleno
Para otros de placeres, á mis ojos
Solo inmensos desiertos ofrecia
Y una prision mas vasta que la mia.
Ya ni padres, ni hijos,
Ni hermanos, ni parientes, ni un amigo

Que de mi suerte atroz fuera testigo!
Y esta idea fatal me consolaba,
Tanto el dolor mi mente perturbaba!
Mas tenia deseo
De subir una vez hasta las rejas
Por descubrir hermosos horizontes,
Y reposar mis ojos fatigados
Sobre las altas cimas de los montes!

XIII

Los ví por fin! inmóviles y eternos!
No habian cambiado como yo! . . . brillaba
Cándida nieve en sus altivas cimas,
A sus piés ondulaba el lago inmenso,
Y tocando las olas plateadas,
Arrastraba sus aguas azuladas
El rio melancólico. . . . á mi oido
Llegaba el son del rápido torrente
Despeñado en las rocas y raices
Que pone á descubierto la corriente.
Ví á lo lejos el blanco caserío
De la ciudad, y las graciosas velas
Cuyo contorno vago
Veloz cruzaba el cristalino lago.
Una preciosa islita, sobre todo,
Me cautivó, pequeña
Cual mi prision; pero feliz, risueña,
Cubierta de verdura,
Blando nido de amor y de ventura!
Todo lo hallaba hermoso,
Todo á la vez magnífico y sencillo. . . .
Los peces jugueteaban en el lago

No lejos de los muros del castillo,
Y allá perdida en el azul del cielo
La águila audaz lanzábase tranquila
Meciéndose en las ráfagas del aire. . . ,
Nunca creí tan rápido su vuelo,
Ni nunca tanto la envidié tampoco! . . ,
A mi pesar me conmoví. . . . rodaron
Mis lágrimas en fuerza de mi pena,
Y sentí haber dejado
Por un breve momento mi cadena!
Cuando bajé al recinto de la cárcel,
Hallóla tenebrosa con exceso,
Sus sombras sobre mí se desplomaron
Como un inmenso insoportable peso,
Fué para mí como una nueva tumba
Que encima de la antigua se cerraba;
Sin embargo, mis ojos fatigados
Por la vista del sol esplendoroso,
Necesitaban ya de aquel reposo!

XIV

Trascurrieron los meses y los años
Sin que yo los contase. . . . la ventura
No volvió á sonreirme. . . . yo esperaba
Hallar en la prision mi sepultura
Y nada mas: entonces de improviso
Vinieron á decirme que era libre,
Y no les pregunté por qué quebraban
Mis cadenas, ni dónde me llevaban!
Érame ya del todo indiferente
Pasar mi vida entera en las prisiones
O volver á habitar entre la gente.

Amaba el sufrimiento de manera,
Que cuando me ordenaron que saliera,
Consideraba aquellos tristes muros,
El gótico pilar y el suelo frio,
Como un templo sagrado
Por el continuo padecer ya mio!
Las lágrimas vinieron á mis ojos
Y se angustió mi pecho,
Cual si de nuevo tueran á arrancarme
Al dulce abrigo del paterno techo! . . .
En fin, de aquel retiro
Salí con los recuerdos de mis penas;
Y amando hasta mis hierros y cadenas,
Torné á la libertad con un suspiro!! . . .